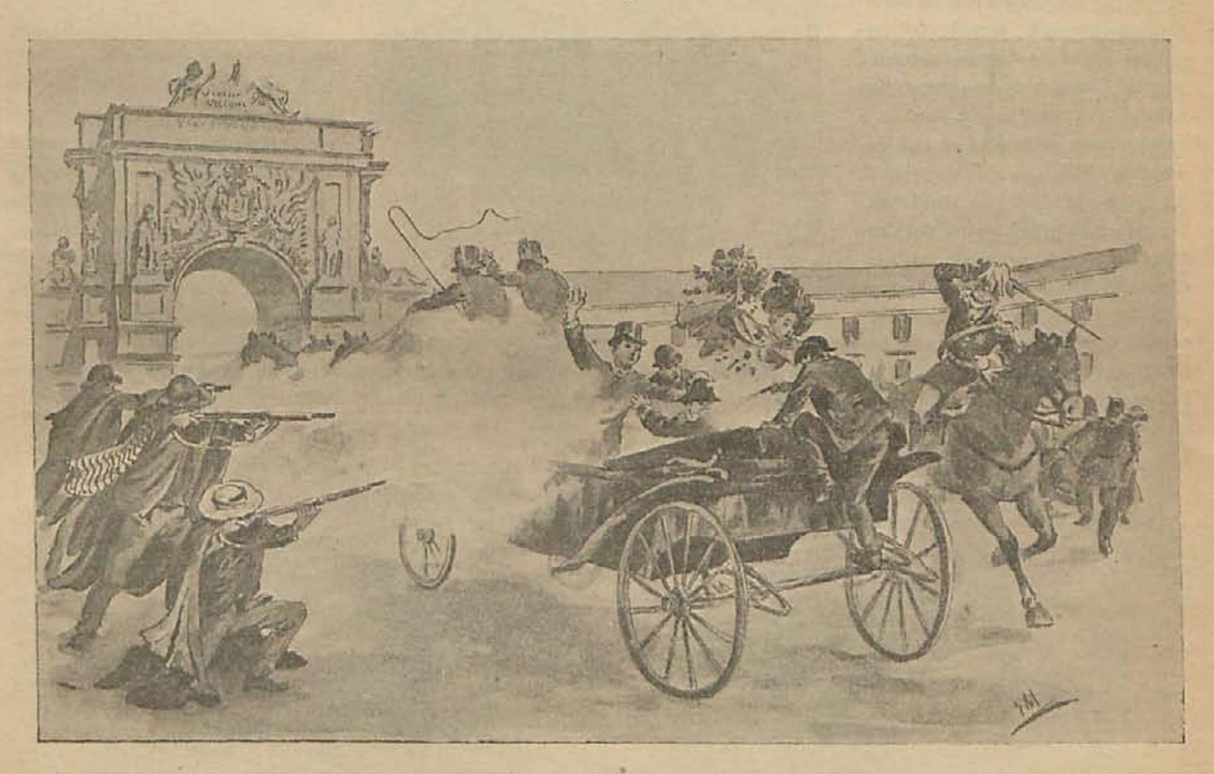


15 de Febrero de 1908. Año V. N.º 100.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

Doble regicidio



Momento del atentado.

No podemos evitarlo; aunque quisiéramos eludir hacer en nuestras columnas el relato de la espantosa tragedia portuguesa, la fuerza de las circunstancias y aun la del título de la Revista, nos lo impondrían. Crímenes más horrendos habrá habido en el mundo; pocos le superarán, si acaso alguno le alcanza, en resonancia y transcendencia.

La política, armando el brazo de los despechados y abriendo la puerta á las ambiciones, ha hecho una vez más su obra nefasta y maldecida.

* * *

Cuando don Carlos subió al trono, la política interior portuguesa oscilaba entre dos partidos: el conservador y el liberal. En apariencia era una copia del régimen inglés; en realidad, nada más diferente de esa bella concepción británica, pues mientras ésta se halla constituída por dos ideales unidos por una aspiración patriótica común, formaban la portuguesa dos fracciones enlazadas por una complicidad de apetitos; y llegó un día, en el correr del tiempo, pronto hará un año, en que el rey don Carlos vió la ruína amenazadora sobre su país; el Ejército y la Marina en rebelión casi abierta, el pueblo gimiendo bajo el peso de tributos excesivos y el descontento mostrándose por todas partes.

Comprendió la necesidad de las medidas radicales; pero, ¿cómo realizarlas? ¿Confiándose á los hombres antiguos, desacreditados y gastados? Era preciso uno nuevo, con procedimientos nuevos también y con entereza para imponerlos, y ese hombre fué Juan Franco. Joven, inteligente, rico, íntegro y enérgico, era el único en condiciones para encauzar la Nación por el camino del orden y para conducirla á puerto seguro.

Sus medidas concitaron los odios, excitaron el clamoreo y prepararon el campo para todas las represalias: las exageraciones de los descontentos caldearon el ambiente

* * *

Dicen cuantos de estas cosas se presentan como enterados, que el atentado no fué debido á una organización republicana, sino que ha sido en plan y en ejecución obra de unos cuantos exaltados. Afirman los que conocían á los regicidas Buiça y Luis da Costa, que ambos frecuentaban asiduamente por las noches el café *Ogelo*, y que solían hablar largo y tendido con aire misterioso, para no ser oídos por los que se hallaban ocupando las mesas próximas, y convienen todos los informes en que eran demócratas fervientes, cuyas ideas no se reducían á un puro platonismo, sino que sentían radicalismos hondos y aspiraban á conmociones profundas en la organización del país y en su régimen.



El rey D. Carlos.

Estos son los únicos visibles datos para juzgar del origen del drama; el desarrollo del mismo es bien conocido para necesitar amplias explicaciones. De regreso de una excursión cinegética, caminaba la familia real hacia Palacio, en un coche descubierto, cuando, al llegar á la calle del Arsenal, un hombre se separó del público, saltó sobre el vehículo y teniendo una mano sobre la capota del mismo, descargó por tres veces, con una seguridad desesperante, su revólver contra el rey. En el mismo momento —y esto no duró más que segundos—, otros dos hombres se lanzaron sobre el paso: el uno, armado de una carabina, se encaró contra el príncipe más joven, ahora proclamado rey, en tanto que el otro ponía tranquilamente su rodilla en tierra y disparaba contra el heredero del trono.

Al ruído de las detonaciones, el cochero dió un vigoroso latigazo á los caballos para escapar y al mismo tiempo un oficial descargó un sablazo sobre la cabeza del asesino de don Carlos, que resultó ser el conocido profesor Buiça, y un policía mató igualmente al otro de los asesinos, Costa; del tercero se dice que él mismo se levantó la tapa de los sesos.

Sucedió entonces algo espantoso. En tanto que el coche ensangrentado huía llevando dentro un muerto, un agonizante, un joven herido y una mujer llorando, los espectadores del drama se dispersaban alocados; pero los agentes de Policía, persuadidos de que los conjurados se les escapaban, disparaban al azar sobre la multitud en movimiento. En el curso de esta cacería de personas, efectuada al paso gimnástico, también sufrieron aquéllos una treintena de disparos hechos por el público, entre el cual se hallaban evidentemente muchos individuos provistos de armas.



El príncipe heredero.



El rey D. Manuel.

Este crimen político, cruel, injustificado é inútilmente sanguinario, digan lo que quieran cuantos traten de explicar lo

inexplicable, ha producido horror é indignación; sobre esto no puede existir ninguna duda. Por violentos que sean los reproches al dictador Franco, el doble asesinato del día 1.º de febrero ha concitado los odios de la multitud que envuelve el hecho en una reprobación general y sincera.

Si Franco debe abandonar el poder, lo abandonaremos juntos, había respondido últimamente don Carlos á uno de sus íntimos que le censuraba la excesiva confianza que la Corona depositaba en el presidente del Consejo.

Esta profecía se ha realizado, pero en sentido inverso. Muerto el rey, Franco ha abandonado el poder quizá para siempre, pues además de imponerlo así las circunstancias, ha renunciado ya voluntariamente á la vida pública.

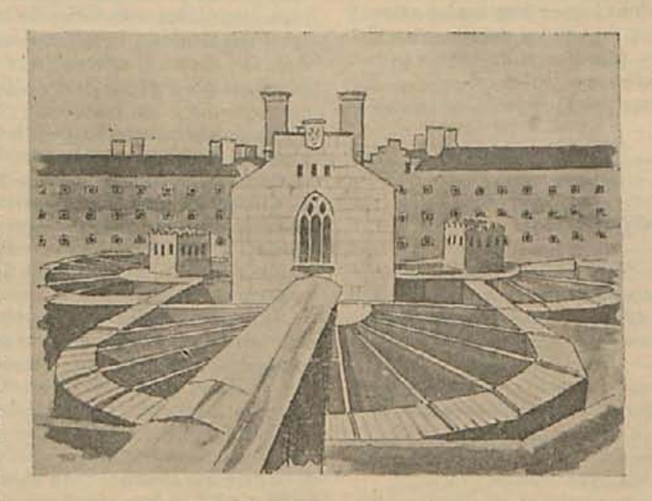
* *
*

La de Portugal ha entrado bajo nuevos moldes: temperamentos de benevolencia y de dulzura flotan en el ambiente; las cárceles que antes encerraron á los conspiradores, abren de par en par sus puertas para dar salida á personalidades populares, á las que se atribuían planes determinados. Olvido y perdón son las frases que suenan desde arriba y son los actos que piden desde abajo.


El dictador Juan Franco.

¿Servirá esta coincidencia de pensamientos para restablecer la calma y para asegurar en el porvenir la paz que Portugal necesite?

Mucho se ha teorizado acerca del influjo que sobre los pueblos ejerce la benevolencia desde el poder, que es preciso no confundir con la debilidad, porque cuando los Gobiernos no cuentan con el apoyo incondicional y resuelto de la opinión y atraviesan circunstancias especiales y difíciles, más caracteres tiene de lo segundo que de lo primero toda sistemática indulgencia. ¡Dios ilumine al nuevo Ministerio y haga su gestión afortunada!


Interior de la cárcel de Lisboa, de donde han salido los presos políticos

Refiérese que el rey don Carlos sintió el día 1.º de febrero tristes presentimientos. Por el camino de Villaviciosa á Lisboa el tren que le conducía sufrió un descarrilamiento, y el rey, cediendo á algo íntimo que le gritaba sin duda, quiso, contra su costumbre en casos tales, desistir del viaje, proponiendo volver al punto de partida: desde entonces, en vez de chancear y jugar, como lo venía haciendo, se puso grave. Al avistar en Lisboa á Juan Franco le preguntó: ¿Pasa algo? ¿Me garantizas la vida?

No es Portugal pueblo que presente muy abundante campo á las tentativas de regicidio; pero no dejan de ser curiosas algunas, y las consignaremos.

El 23 de agosto de 1485 reinaba Juan II su cuñado el duque de Vizeu tramó una conspiración para arrebatarle la vida. Súpolo el rey, y llamándole á su presencia, le preguntó qué haría con aquel que supiera que se proponía matarle.

—Matarle yo á él—dijo con viveza.

—Pues tú mismo has dictado tu sentencia—le respondió el rey—, porque ese caso es el mío con respecto á ti—y allí en el acto la cumplió.

Otra conspiración se fraguó también contra don Juan IV, y buscóse como medio para asesinarle la procesión del Corpus, á la que el monarca debía asistir. Todo estaba admirablemente dispuesto para ejecutarlo el 21 de junio de 1647, pero no faltó quien comprometido en el complot, ya temeroso, ya ambicionando mayores lucros, delató el plan y lo hizo abortar por completo

El rey don José I también debía ser muerto el 3 de septiembre de 1578 en una emboscada preparada por el duque de Aveizo, en el camino del palacio de Ajuda. Once hombres le esperaron á caballo para conseguir aquel propósito, del que se libró casi milagrosamente.

No valen argumentos.

Al salir una de las pasadas noches del teatro del Odeon M. Durand, sintió que una mano extraña se deslizaba discretamente en el bolsillo de su abrigo. Rápido, se apoderó de ella y gritó: ¡ladrones!

El individuo que se dedicaba á esos trabajos de exploración, fué detenido por la Policía y confesó ser de origen ruso. Ante el Tribunal correccional ha dado de su acto una explicación, que por ingeniosa recogemos.

—En Rusia—dijo—acostumbramos á excusarnos, cuando tropezamos con alguien, besando la mano á quien sin pretenderlo hemos molestado. Por eso cogí la mano de M. Durand, á quien involuntariamente había atropellado.

Hízole observar el presidente que cambiaba á su antojo los papeles; que todo eso estaría muy bien; pero que no era él quien había cogido la mano de M. Durand, sino éste la suya, lo cual desvirtuaba el argumento.

Y en efecto, á pesar del ingenio de la respuesta, fué condenado á un año y un día de prisión.

Entre tunantes.

A consecuencia de un anuncio periodístico, pusiéronse en relaciones Enrique Berger, estudiante de Medicina de París, que practicaba también la brujería, y M. Picard, comerciante de Lorquin. Este último, casado, quería desde mucho tiempo antes desembarazarse de su mujer, para casarse con otra de Sarrebourg, y Berger se ofreció á arreglar el asunto mediante 5.000 francos. A tal fin, remitió á Picard un talismán formado con una medalla de extrañas señales y prometió hacer encantamientos diabólicos que condujeran á la desaparición de la molesta esposa.

Picard no dudó en aceptar la proposición, y sucesivamente facilitó las sumas exigidas por el mago.

En noviembre último, Berger llegó en persona á Sarrebourg para percibir el completo de la suma convenida y para cumplir también los últimos ritos de la hechicería. Viajaba á lo grande, en automóvil, con su mujer, su hija, niña de algunos meses, y el *chauffeur* correspondiente.

Por desgracia para este ilustre personaje, durante su permanencia en la localidad, en la cual se presentó ostentando el título de vizconde de Valisanes, se extendió el rumor de que se dedicaba á la trata de blancas, y algo de anormal debieron ver las Autoridades en el proceder de aquél, puesto que decretaron desde luego su prisión. Al efectuar el registro de sus papeles, el Juez descubrió las extrañas relaciones sostenidas por el detenido con Picard, y como resultado de ello ha sido juzgado por estafa.

Conviene hacer notar que Picard no se ha quejado y que, por el contrario, continúa en la creencia más firme y resuelta de la condición sobrenatural de Berger, lo que le ha valido esta curiosa observación del presidente del Tribunal.

—¿Cómo usted, un antiguo soldado de la guardia prusiana, puede creer en tales tonterías?

—¿Cómo? pues creyendo en ello de todo corazón, señor presidente.

El llamado vizconde de Valisanes, de veinticinco años de edad, ha sido condenado por sus malas artes, y para que se vea que si él no repara en detalles, los Tribunales alemanes tampoco pierden ripio, éstos le han recargado el tiempo de prisión, *por haber ofrecido su bolsa, llena de oro, al gendarme que le arrestó*, para que le permitiera la huída.

Infraganti.

Julia Morin, de treinta y cinco años de edad, es una viuda que vive en la calle de Poteau (París). Intima amiga de los esposos Faucheron, comía algunas veces en su casa. Así ocurrió el día á que nos referimos.

La comida se prolongó tanto, que se le hizo tarde para volver á su casa, por cuya razón pidió y obtuvo permiso para dormir aquella noche en casa de sus amigos.

Se la improvisó una alcoba en un pequeño gabinete, no lejos de donde dormían los esposos Faucheron.

Hasta aquí la cosa iba como una seda, y así de suave hubiera transcurrido el resto de la noche, sin darnos ocasión para que nuestra pluma se ocupase para nada, ni de la viuda ni del matrimonio amigo, si la casualidad, que todo lo enreda, no hiciese que Mme. Faucheron se despertara sorprendida de que su marido no se hallara con ella en la cama.

Transcurrió el tiempo, y el esposo no volvía, lo que decidió á su mujer á salir en su busca.

Poco tuvo que andar: en el gabinete contiguo se le encontró en *conferencia* demasiado íntima con la viuda amiga. Enloquecida por la ira, se armó de un afilado cuchillo, que clavó repetidamente en su marido. La *incauta* viuda, *viendo que se le hacía tarde*, salió más volando que corriendo, pudiendo escapar de la venganza de su enconada amiga.

El destripador de Berlín.

En uno de los barrios más aristocráticos de Berlín, ha aparecido una de esas hienas que son el espanto y el horror de la humanidad, un degradado ser, que recuerda los repugnantes crímenes de Jak el destripador de Londres.

Hacia las cinco de la tarde de uno de estos últimos días, una niña de cinco años percibió á un hombre como de veinte, que se arrastraba ocultándose tras una puerta.

Al propio tiempo unos gritos muy apagados, provinientes de un niño de corta edad, llegaron á sus oídos, lo que excitó más su curiosidad.

Acercándose lo que pudo, se dió cuenta, llena de terror, de lo que aquellos gemidos representaban y de lo que aquel hombre hacía. Embebido se hallaba sobre el cuerpo agonizante de una niña como de cuatro años de edad; con un cuchillo la había abierto el vientre y el pecho, y él se saciaba ensimismado, como saboreando algo agradable.

Todas las vísceras las sacó de la caja del cuerpecito de la infeliz niña, y la fiera humana se gozaba de su repugnante crimen.

¡Cuándo dejarán de nacer esas fieras, que nos recuerdan que el hombre es de condición moral muy superior á las bestias!

Ha caído en manos de la justicia de un país en donde se ejerce; pero lo doloroso es que las ejemplaridades nada dicen y nada escarmientan, porque de tiempo en tiempo la naturaleza lanza esos abortos de su seno.

Ni arriba ni abajo.

Por muchas que sean las extravagancias y ridiculeces que el respeto á la ley nos imponga, no hemos llegado todavía á lo que sucede en Francia y que queda revelado con el siguiente hecho, rigurosamente exacto.

En 1.° de octubre último una banda de húngaros, constituída por ocho individuos de distintos sexo y edad, fué conducida por la Gendarmería belga á la frontera francesa, pues en aquella nación no se les permite estacionarse. Los gendarmes franceses de Mont-Saint-Martin, pueblo por el que iban á hacer su entrada en la vecina República, obedeciendo las órdenes de su país, que impiden también la permanencia en él de tales huéspedes, se opusieron á la entrada. Los belgas se negaron, á su vez, á permitirles dar media vuelta, y en esta situación quedaron los húngaros; por la parte de Francia sin poder entrar porque lo prohiben los gendarmes franceses y por la de Bélgica sin poder volver, porque lo vedan los gendarmes de esa nación: la carabana quedó detenida y rodeada por fuerza mililar, que le impedía todo paso. Desde hace más de cuatro meses, la situación es la misma. De doce en doce horas los gendarmes belgas y franceses son relevados, dos á dos y continúan su respectiva vigilancia.

Del lado francés se ha construído una barraca de planchas, en la que los gendarmes pueden abrigarse contra el frío y la lluvia; además, como los cuatro números que componen el puesto de Mont-Saint-Martin están absolutamente inmovilizados por este servicio, no pueden hacer otro, y de los inmediatos se ha reforzado con contingente concentrado.

Desde ese tiempo, cada gendarme percibe en concepto de plus 1,50 francos diarios, y como la Municipalidad debe atender á la alimentación de los detenidos y esto no baja de 6 francos por día, resulta que entre unas y otras cosas el país sufraga un gasto de algunos miles de francos. Y así continuarán indefinidamente ó al menos hasta que comprobada la nacionalidad de los causantes, se les envíe á su país originario. Procede esta actitud de un principio que ambas naciones quieren observar rigurosamente: el de no admitir gente nómada que no sea de la respectiva nacionalidad y que no justifique poseer los medios de existencia necesarios.

Si esto se hiciera en la calumniada España, ¿qué dirían esos declamadores de oficio que amparan su vacuidad con pomposos motes políticos?

Ladrón de nuevo género.

Cuando más creemos conocer el corazón humano, más extraño é incomprensible nos resulta; para la flaca inteligencia del hombre habrá siempre en el fondo de su propia naturaleza arcanos en los que no penetrará jamás.

Se concibe el robo por el afán del lucro, por el acaparamiento de las riquezas ó por el ansia de emplearlas en goces y vanidades mundanas; se concibe por defecto de educación, por el medio en que se vive, por la ocasión que incita, por la necesidad que apremia; lo que no se comprende ni tiene fácil ni admisible explicación, es el nuevo género de robo que va á ser juzgado en breve en Francia.

Viendo pasar risueñas y confiadas á las muchachitas de diez á trece años, ó ya observándolas absortas en la



contemplación de algún objeto que lisonjeara sus inocentes deseos, un joven como de treinta años de edad, aprovecha cualquier momento favorable para sus designios y aproximándose cautelosamente, saca unas tijeras y con golpe maestro hace caer en sus manos la hermosa trenza que coquetamente ondulaba sobre las hermosas espaldas de las graciosas víctimas.

El autor de estos hechos, escandalosamente repetidos en poco tiempo, es M. Bandet. En él no impera para obrar así ningún pensamiento ni cálculo mercantil. Es una especie de obsesión morbosa que le conduce á apoderarse de las cabelleras para admirarlas en seguida en la intimidad de su habitación: no quiere ó no le basta contemplarlas formando el bello ornamento de las agraciadas pollitas; necesita, le es indispensable poseerlas y recrearse horas y horas en un arrobamiento inverosímil. Para ello desdeña las trenzas cortas de las niñas demasiado jóvenes, y prefiere á los cabellos trenzados, aquellos que cayendo preciosamente se agitan al suave movimiento de los hombros y la espalda.

A su manera, Bandet es un poeta que busca y consigue sumirse en un éxtasis infinito y no sabe resistir el impulso, que hace de él, más que un ladrón, un vándalo que ataca á la belleza humana ó, mejor, á la belleza femenina. Tal es la razón que da para explicar sus actos, los cuales justifican lo que al principio indicábamos, de que el corazón humano es un misterio.

En París se ha acordado la instalación de un museo de Policía criminal. Será el complemento de los cursos de Policía práctica, y estará al cuidado del director del servicio antropométrico. No contendrá objeto alguno que pueda despertar el menor sentimiento de insana curiosidad, ni será accesible al público.

Sólo tendrán derecho á entrar en él aquellos para quienes se crea.

Ladrones dignos de alabanza.

A fin de festejar la Nochebuena última, el duque de Westminster, uno de los grandes señores que residen en la pintoresca y legendaria comarca de Cheshire, en Inglaterra, convidó á una partida de caza á varios ricos convecinos terratenientes y, entre ellos, al marqués de Chalmondeley, lord y gran chambelán del reino. La fiesta acabó con una comida de gala en el antiguo castillo del duque.

En el curso del banquete se entabló la conversación respecto á los actos de bandolerismo cometidos en el país de algún tiempo á esta parte, y á propósito de ello, lord Chalmondeley sostuvo gravemente que los ladrones no atacan jamás á las casas bien guardadas, afirmando su convencimiento personal, porque mediante las precauciones observadas en la suya, nada tenía que temer.

Ninguno de los convidados osó contradecir al poderoso lord, y la reunión, siempre alegre y entretenida, se ultimó á media noche.

El marqués y la marquesa montaron en su automóvil para ir á Malpas, su residencia, situada á una distancia de dos kilómetros. Durante la noche, la marquesa, que tenía el sueño ligero, percibió ruido por la parte del comedor del castillo; pero no juzgó del caso concederle ninguna importancia.

A la mañana siguiente dió cuenta de sus inquietudes al marqués, quien, dirigiéndose al comedor, comprobó que las ventanas estaban abiertas, observando también la desaparición de diversos objetos de gran valor y hasta una caja de cigarros.

Sin duda ninguna el castillo había sido visitado por los ladrones, ladrones extraños ciertamente, puesto que renunciaron á llevarse determinadas alhajas colocadas al alcance de su mano, en una vitrina próxima.

Dada noticia á la Policía, pusiéronse en campaña sus agentes más celosos. Fotografiáronse las señales de los dedos estampadas sobre los cristales; comprobáronse cuidadosamente las huellas de los bandidos; las indagaciones practicadas se resumieron en magníficos informes y luminosos atestados, y todos estos datos se remitieron á la Administración central de Londres.

Al cabo de dos días tan sólo, una carta misteriosa del lord gran chambelán notició al jefe de la Policía que los objetos robados habían sido restituídos, y que no había ya por qué proceder á la busca de los autores del robo. Entonces una sonora carcajada estalló en todos los castillos de la comarca, carcajada que ganará pronto el territorio entero de la Gran Bretaña.

Súpose que los autores del desaguisado fueron los comensales del duque, quienes á la salida del banquete habían apostado hacer comprender al marqués que su afirmación era temeraria, que no se pueden hacer tan rotundas, ni ciertas gallardías tienen más duración que el tiempo empleado en pronunciarlas.

El admirable sentido práctico del pueblo inglés halla en todo ocasión propicia para dar provechosas y oportunas lecciones, sea quien fuere el que las necesite.

El Italia se va á constituir una liga contra el suicidio. Las estadísticas oficiales han alcanzado en Roma la cifra de 5.000 suicidios ó sea el 1 por 1.000 de la población. Si se considera que la mortalidad en general no es más que el 17 por 1.000, se comprende perfectamente la importancia enorme y desconsoladora de aquella cifra.

* * *

Pocas muestras habrá de tenacidad tan grande como la que acaban de dar los presos rusos de la cárcel de Rontais. Como protesta de la mala calidad de las comidas, han permanecido cuatro días consecutivos sin probar el menor alimento. Algunos han perecido víctimas del hambre antes que ceder.

Misterios de la Inquisición

¡Oh! ya comprendo —replicó don Valero—, os dirigiréis sin duda á esa maldita sociedad de la Garduña que desola el país con robos y asesinatos; pero, querido mío, esas gentes están vendidas á la Inquisición...

—Esas gentes están vendidas á quien las paga, y puedo prometeros que no rehusarán el negocio. Dejadme, pues, obrar, y no ensangrentemos esa heroica insurrección contra los verdugos de nuestra patria.

Andando y hablando, llegaron ante una casa de vistosa apariencia, por cuyas ventanas salía mucha luz. Rodrigo llamó á la puerta.

—¿Qué hacéis? —preguntó Esteban.

—Entro en mi casa, ó más bien, en la de mi amigo don Gimeno de Herrera, que me da asilo en la suya, porque yo no tengo, como suele decirse, casa ni hogar. Seguidme, don Esteban, hablaremos los tres de nuestro proyecto.

Abierta la puerta, Esteban y Valero subieron hasta el primer piso, donde estaba el aposento del joven señor aragonés, que á la sazón se hallaba solo y que al parecer se sorprendió al ver á Esteban.

—Don Gimeno —dijo el anciano—, por fin tenemos un digno cómplice de nuestra santa liga contra los opresores; don Esteban de Vargas es de los nuestros.

Gimeno tendió la mano al joven conde, y le dijo:

—Seamos amigos; unamos nuestros corazones y voluntades en favor de esta santa causa.

—¿Habéis avisado á don Carlos? —preguntó Rodrigo.

—Ya no está libre—respondió tristemente don Gimeno;—el día del «santo» fué preso y encerrado en los calabozos de la Inquisición.

—¡Otra víctima más! dijo vivamente Rodrigo—: ¿y cómo lo habéis sabido? —añadió.

—Por la joven Isabel, que le adora, y que á pesar de la fanática devoción que han procurado inspirarle desde su infancia, quemaría gustosa á todos los inquisidores para librar al que ama.

—Tres jefes bastarán —dijo Esteban , y con la ayuda de aquel de quien he hablado ahora mismo á don Rodrigo...

—¿Quién es? —preguntó don Gimeno de Herrera.

Explicó entonces Esteban á don Gimeno lo que confiaba en la Garduña, y por qué medio la haría obrar.

—Me repugna —añadió— recurrir á semejantes gentes; pero creedme, señores, no despreciéis e te medio; si esas gentes no fuesen nuestras, obrarían contra nosotros, y Dios sabe cuál fuera el éxito de nuestra empresa.

—¿Los conocéis bien? —preguntó don Gimeno sonriéndose ligeramente.

—No os chanceéis, don Gimeno; fatales circunstancias me precisaron á emplearlos. Ya han librado una vez á Dolores de las manos de la Inquisición; desgraciadamente, su piedad filial la ha perdido.

—Sí, sí, lo sé dijo el joven aragonés—; la vi la noche en que fué presa.

—Pues bien, señores, esas gentes pueden ayudarme á salvarla otra vez. Yo me encargo de verlos y de hacerlos nuestros.

—Yo me encargo de conmover al pueblo—dijo Valero.

—Yo de dirigirlos si fuese necesario—añadió don Gimeno.

—Yo quería la muerte del inquisidor—continuó Valero—, porque era justo castigarle; pero don Esteban ha hecho como vos, don Gimeno; no ha querido que se derramara sangre.

—Tal vez se derramará demasiada—añadieron á un mismo tiempo los dos jóvenes.

—Es tarde dijo don Esteban—; es preciso que os deje para ocuparme en trazar la senda.

—¿Dónde nos volveremos á ver?—preguntó don Gimeno.

—En el barrio de Triana —respondió Esteban—; en el lugar donde los garduños tienen sus asambleas secretas, en las ruinas aisladas en la extremidad del arrabal. Id á reuniros conmigo mañana antes de media noche, que es la hora de los nocturnos conciliábulos de la Garduña.

—Bien— dijo Valero—, hasta mañana.

—¿Estáis á lo menos seguros de esas gentes?—preguntó don Gimeno.

—Como de mí mismo—respondió Esteban—; un garduño jamás vende al que le ha dado dinero. Adiós, señores, no olvidéis nuestra cita.

Esteban salió.

Pronto veremos cuál fué el resultado de sus pasos con respecto á la Garduña.

XXX

Dos ermitaños.

A poca distancia de Sevilla, hacia el lado de la casa del apóstol, se veía una especie de cueva, excavada en la roca viva al pie de una colina poblada de árboles, cuya cima frondosa desplomábase sobre el río.

La entrada de esta cueva casi circular y de la elevación de un hombre, parecía una corona de flores.

El pálido citiso, la vid retorcida y empenachada, el vivaz espino cerval, cuya flor exhala un suave perfume de vainilla y de cacao, y el agracejo, crecían profusamente sobre la ligera capa de tierra vegetal que cubría el granito de que estaba formada esta colina.

Extendiéndose sus racimos y ramas flexibles cual millares de brazos, sus troncos fuertes y sueltos servían para retener alrededor del orificio de la gruta la tierra móvil y ligera, que sin esto hubiera obstruído la entrada con continuos hundimientos.

El interior de aquella cueva algo húmeda, estaba tapizado de escolopendras y de culantrillos, plantas sobrias y que se alimentan en las hendiduras del granito, que colgaban en la bóveda en girándulas de un verde lustroso.

En el reloj de la catedral acababan de dar las diez de la noche.

En un rincón de esta cueva estaban sentados un hombre y una mujer sobre una basta estera de Valencia, que les servía á la vez de asiento y de cama.

Hacia la entrada, en otra esquina, un vivo fuego de ramas de olivo iluminaba á los habitantes de esta extraña morada, y servía al propio tiempo para secar la gruta, algo fría, á pesar del calor del clima y de la estación.

La mujer, joven, bella y bien formada, estaba graciosamente sentada sobre la estera.

El hombre, vestido con una simple camisa abierta sobre el pecho y unos calzoncillos, estaba tendido en la estera, y apoyando el brazo izquierdo en las rodillas de su compañera, sostenía su pesada cabeza. Guardaba un profundo silencio, su rostro, rudo y lleno de energía, tenía una singular expresión de abatimiento y de tristeza; ni levantaba los ojos hacia su compañera, que le contemplaba con una profunda pasión y melancolía.

La fisonomía, la actitud de estos dos personajes estaban perfectamente en armonía con la melancólica soledad de su habitación.

Manofina y su compañera, actuales poseedoras de esta caverna, casi se habían hecho ermitaños al dejar de ser garduños.

El feroz guapo sufría en este momento la terrible reacción de su absoluto cambio de existencia.

La inercia del alma y del cuerpo gravitaba con sofocante peso sobre aquel fuerte y vigoroso cuerpo. La naturaleza física dominaba demasiado á ese hombre hecho á tal género de vida, para que pudiese contentarse con un puro espiritualismo. Tenía bastante poesía, rectitud de instinto para ser fácilmente seducido por el atractivo del bien y convertido por la sublime caridad del apóstol; pero sus facultades enérgicas y poderosas necesitaban el activo ejercicio y no la contemplación extática ó la resignación pasiva. Manofina hubiera soportado el martirio, porque también en éste había lucha y ejercicio de fuerza moral, en defecto de fuerza física; pero renunciar repen-

tinamente á su vida aventurera y extraña, dejar enmohecer su puñal en la vaina y vivir eternamente de ociosidad y de meditación, era superior á la fuerza del guapo. El amor mismo de la serena no bastaba ya á las necesidades de su alma turbulenta y vagabunda. La atonía principiaba á avasallarle y Manofina tenía la fiebre de la inacción. Con algunos días más se hubiera vuelto idiota ó insensato, tanto la materia impera sobre el espíritu, cuando éste no ha estado desde mucho tiempo habituado á dominarla constantemente por un ejercicio continuo y por incesantes luchas.

(Continuará.)

Lamentable accidente.

No de otro modo podemos calificar el siguiente hecho, mientras no nos convenzamos de otra cosa.

De la fábrica de azúcar de Salobreña salía un coche conduciendo al administrador de la fábrica y otros amigos; iban, según se ha sabido después, á saludar al Sr. Moret, que se hallaba de excursión en la provincia de Granada.

La pareja de Carabineros se hallaba de servicio cerca de la fábrica. Aún no está claro el hecho, y esto los Tribunales lo



podrán; pero á lo que parece, los carabineros dieron la voz de *¡alto!* al carruaje; voz que, fuese ó no escuchada, no contuvo al vehículo, por cuyo motivo un carabinero disparó, tal vez al aire, pero lo cierto es que al segundo disparo el administrador fué alcanzado por la bala, hiriéndole mortalmente.

Lamentable accidente, que el primero en lamentar seguramente es su autor, el carabinero Francisco Orellana.

Los rigores de la ley han de cumplirse dentro del estricto deber militar; pero aún así, deseamos y esperamos que se halle la debida justificación, ó atenuación, cuando menos, á las consecuencias de tan sensible accidente.

Hacemos por ello fervientes votos.

Lluvia de sangre.

En Taberny (Francia), vivía Mme. Jenn con su padre en una casita. Como siempre, Jenn se acostó en el piso bajo de la casa; el que estaba encima constituía la vivienda del padre.

La noche transcurrió tranquila; sólo á la hora de amanecer, Jenn se despertó por efecto de un ruído extraño. Prestó atención y nada la confirmaba el origen del ruído; ya se disponía á seguir su interrumpido sueño, cuando sintió caer en su mejilla una gota de un líquido caliente; al llevarse la mano á la cara, otra nueva gota la cayó en la mano.

No había vuelto de su sorpresa, cuando ya las gotas se tornaron en lluvia prolongada del mismo líquido caliente, de extraño olor.

Cuando precipitadamente encendió una luz, vió, llena de terror, que sus ropas, las de su cama y todo su cuerpo estaban bañados en sangre.

Sangre á chorros destilaba el techo, y sobre su cama continuaba cayendo Aterrada, estuvo buen rato inmóvil, presagiando algo horroroso que á su imaginación se agolpaba.

Al cabo cobró valor; llamó, gritó, pidió auxilio, y cuando algunas personas subieron al piso principal, presenciaron un horrible espectáculo: el mismo que Mme Jenn se temía.

M. Jenn se había abierto la garganta con un cuchillo de grandes dimensiones, que aún conservaba en sus manos. Verdaderamente se había degollado, la sangre aún caliente, salía á borbotones por la profunda y extensa herida; ya era un cadáver.

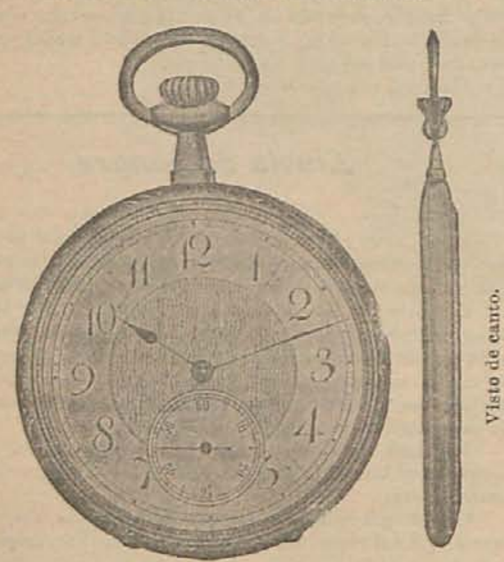
La hija no puede darse cuenta más que de su terror y abatimiento.

Una circunstancia tan sólo explica en parte este suicidio: era *neurasténico*; esta enfermedad, tenida en poco por la mayoría de las gentes, es azote de la humanidad en los pueblos civilizados: dolencia que parece capricho, hace estragos en los organismos; especialmente en lo que afecta al cerebro, tanto que va siendo hora de que las eminencias médicas y los Gobiernos incluso, se resuelvan á acabar con esta moderna plaga.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

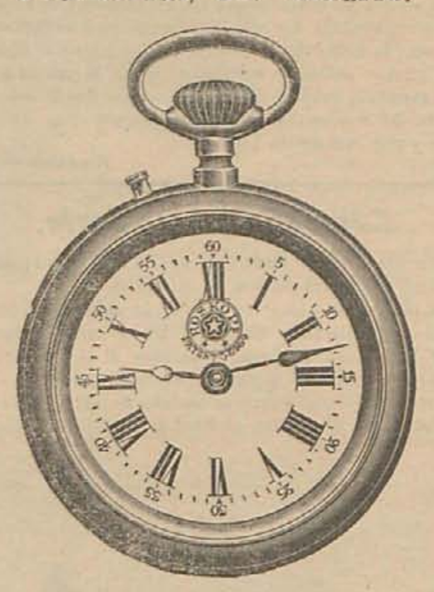


Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** és de me'al blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas**

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.

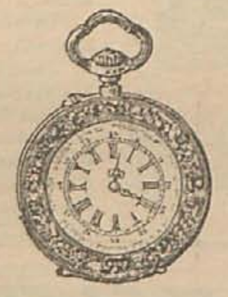


¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **40 pesetas.**

Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316